

OTROS SERES VIVOS

Mi ángel de la guarda

Victoria Eugenia Carolina Martínez Cardona

Era la navidad del año 2000, cuando la familia atravesaba por una etapa difícil. Pero no una cualquiera, sino una dolorosa y fuerte. Unas células descontroladas se habían apoderado del ser más lleno de amor, de ser ser comprensivo, tierno y cariñoso: Nuestra madre, esposa e hija.

Nadie lo podía creer. Todos pensaban que solo era una pesadilla de la cual despertaríamos. Pero no. La realidad era otra. Mi madre tuvo que tomar una de las decisiones más duras: tener que separarse de sus hijos para poder recuperarse. Pero allí guardaditos en su corazón había dos luces de aliento: Federico Alejandro y Victoria Eugenia Carolina, sus hijos. Nosotros éramos su mayor fortaleza, por quienes y para quienes daría todo de sí misma.

Pasaron los días y llegó la separación. Mi madre decidió dejarnos en manos de mi abuelita, quien se convirtió desde entonces, en una segunda mamá pues yo tan solo tenía cinco años y quizás no entendía muy bien aquella situación por la que pasaban mi madre, mi padre y hermano, quien se vio muy afectado pues es siete años mayor que yo: estaba atravesando una de las etapas más difíciles de su vida: La adolescencia.

Llegó el año nuevo y con él, vida nueva, ciudad nueva, casa nueva...pero de nada servía pues al levantarme, no estaba mi mamá. ¡Qué duro se siente separarnos de la madre! Sentirla cerca de ti, produce una sensación única e inigualable. Es como si dentro de ti ocurrieran miles de reacciones químicas que hacen que tu corazón se sienta feliz, que tu sangre fluya mejor. Siempre tienes una tranquilidad profunda pues el amor de la madre es el más puro y verdadero que puede existir.

El tiempo pasó y yo me fui apegando a mi abuelita. Me sentía como en casa. Ella me cuidaba las 24 horas del día, incluso me llevaba al colegio. Siempre recuerdo con mucha gracia una salida pedagógica hacia el Teatro Municipal en la que el colegio se hacía cargo del transporte. Pues bien. En el momento de ir en camino, me di cuenta que mi abuelita iba detrás del bus en su carro pues temía que sucediera algo malo en el trayecto. Un día, al salir del colegio, vi a mi abuelita con una gran sonrisa en su cara. Salí corriendo a abrazarla y me di cuenta que tenía en sus manos una caja envuelta en papel regalo. Me dijo que la destapara. Al hacerlo, encontré a una hermosa cachorrita blanca, pequeña y frágil. Sus orejas eran amarillas y en su lomo tenía una línea dorada que la hacía parecer un zorrillo. Creo que ella fue mi primer amor. Amor a primera vista que todavía me hace suspirar. La amo como a nada en el mundo, es mi tesoro al igual que mis padres, mi abuela y mi hermano.

Los días sin mamá fueron pasando cada vez más rápido. Mientras tanto, la compañía de aquella perrita hacía mi vida feliz. Hasta olvidaba que mamá no estaba para consentirme. Ahora estaba Lupita, una ayuda, una esperanza, como la Virgencita de Guadalupe de la cual soy creyente. Lupita fue creciendo conmigo. Mi madre superó esa etapa difícil, gracias a Dios. Nosotros pudimos regresar a casa. Yo tenía mucho dolor por dejar a mi abuelita pero sabía que

mi mamá nos necesitaba. Con gran tristeza abandoné aquella casa que me brindó calor de hogar durante casi ocho meses. Mi gran satisfacción era que volvería cada Diciembre a pasar vacaciones.

Lupita y yo, ahora teníamos nueva casa, nuevo colegio y nuevos amigos. Ahora los cuatro, es decir, el núcleo familiar había salido de esa pesadilla. Bogotá era una ciudad muy linda. Hacía frío y ganas de “arruncharse” a ver tele todo el día. Cada domingo salíamos a la Ciclo Vía a montar en bicicleta. Lupita siempre iba conmigo dentro de la canasta. A la gente le daba risa y admiraban el amor que había entre las dos. Para mí ella no ha sido una mascota. Es una niña, una hermana, un soporte que me alegra. Y aunque no pueda hablar, sé que me escucha pues cuando me mira, me reconforto.

En unas vacaciones de verano, el plan era ir a Riohacha a conocer el Cabo de la Vela y Manaure. Estuvimos allí durante ocho días. Como Lupita no podía dormir en hamaca, mi hermano durmió con ella para evitar que se perdiera durante la noche.

Meses después, por cuestiones de trabajo de mi padre, nos trasladamos a la República de Costa Rica. No me alegré en absoluto. Estaba feliz con mi colegio, con mis amigos y mi mejor amigo del conjunto, quien hoy lo sigue siendo. Mi única esperanza era que Lupita estaría allí conmigo, como siempre.

Al tener los pasajes listos, con mi inocencia pregunté por el de Lupita. Mi padre respondió que ella no iría. Rápidamente fui corriendo hasta mi cuarto, llena de llanto. ¡No lo podía creer! ¿Cómo mi padre me podía hacer algo como eso? Pero no demoré ni un segundo en decir que si ella no viajaba, yo tampoco lo haría. Dadas las circunstancias y al ver la seriedad del asunto, mi padre hizo todos los procedimientos legales para que Lupita viajara. Según

recuerdo, el tiquete de Lupita costó 100 dólares, cosa que mi papá recuerda con gracia.

Costa Rica fue lo máximo. Conocimos nuevos lugares, tuvimos grandiosas experiencias. Cada vez que íbamos a la playa, Lupita estaba allí presente. Fue hasta el volcán Arenal. Ha sido una perrita viajera, como dice mi abuela, una perrita nacional e internacional, que tuvo mucha suerte.

Un año después, al regresar a Colombia, trasladaron a mi padre a la ciudad de Santiago de Cali donde viví mi adolescencia junto a Lupita. Vivió conmigo el significado de mi primer novio, de ese amor de colegio, mi primer beso y mi primera decepción, cuando sientes que el mundo se derrumba y nada vale la pena. Crees que esa persona lo es todo en la vida y después te das cuenta que simplemente ha sido una experiencia.

Llegó la época de la universidad, y mi gran compañía ha sido Lupita. Ella está allí cuando tengo que trasnochar, estudiando. Le da ánimos cuando creo que no puedo más o que esto no es lo mío. Nunca me he sentido sola pues aunque mis padres viven en Buga, desde que tengo memoria, Lupita vive conmigo.

Ya tengo 19 años y Lupita tiene 13. Ha sido una perrita muy sana y llena de vida. Cada noche, antes de dormir, le doy infinitas gracias a Dios por tener esta bella compañía, por haberme enviado a este ángel que ha sido el amor más grande del planeta.

Por último, quiero con estas palabras darte gracias a ti Lupita, por ser mi apoyo incondicional, por consolarme cada vez que lloro, porque tú -aunque a muchos les parezca imposible- has secado mis lágrimas con una ternura indescriptible. Te amo, mil veces te amo, Lupita. Has sido mi mejor regalo. Eres mi ángel de la guarda, mi dulce compañía. No me desamparas ni de noche no de día y tienes esa magia de ponerme en paz y alegría.